

Después del '92¹

Para un católico es imposible una autoconsciencia histórica contemporánea sin pasar por el marco del Concilio Vaticano II. Tanto como mirador retrospectivo como para toda perspectiva.

Ubicar el significado del Vaticano II en el proceso de modernidad es condición de toda posible "actualidad histórica" de los católicos. Sin eso, todo se les vuelve confuso. El Vaticano II es un resultado histórico, implica para una Iglesia una autocrítica y un retomarse a sí asumiendo lo mejor de los retos básicos de la modernidad: la Reforma Protestante y la Ilustración secular. Solo este extraordinario, necesario y dinamizador "reajuste" ha permitido poner en la Iglesia las bases para una acción "post moderna", como la que se abre con el gran colapso de la Unión Soviética (1989-91) y que arrastra a todo el sistema mundial "diárquico" reinante desde 1945 a 1989.

Desde el ángulo de América Latina, este marco del Vaticano II se ha especificado centralmente en la Conferencia Episcopal de Puebla (1979), preparada por Medellín (1968) y continuada en Santo Domingo (1992).

Esta "plataforma", alcanzada en las postrimerías de la época anterior, ha permitido a la Iglesia "superar" su desfase con la "modernidad", retomar su "actualidad histórica" y poder ser hoy una de las ofertas de "universalidad" en la Ecúmene mundial. Esta nueva "posición" histórica es muy distinta a la vivida eclesiásticamente los siglos XVII, XVIII, XIX y parte importante del XX. La nueva situación no la toma "corriendo de atrás" o "resistiendo", aunque si exige nuevas iniciativas históricas acordes a una lectura adecuada de los nuevos signos de los tiempos. Está, a escala mundial, en situación análoga a su aventura evangelizadora insertándose en el Imperio Romano, en su nacimiento.

1. El Primer Interregno Mundial.

En esta década del 90 ha emergido un mundo con tres potencias principales, todas con distintos tipos de crisis e incertidumbres. No parece que en el curso de esta década pueda dirimirse la primacía de una de ellas. En la historia no se pasa automáticamente, de modo inmediato, de un orden a otro, sino por mediación de un cierto "desorden" (o por una serie de "desordenes" a través de los cuales se configura el "orden"). Es inevitable, aunque se pueda lamentar. Necesitamos todos un "nuevo orden internacional", pero todo hace prever que no habrá ninguna conflagración total, para una resolución total (que sería dada la complejidad del entrelazamiento económico, ruinoso para todos) sino un largo, penoso proceso de ajustes parciales, paulatinos. Nada será de decisión fulminante. Hoy no son posibles decisiones de ordenación total. Nos espera, nos guste o no, una larga marcha fluctuante, con pocos nudos de decisión "decisivos".

Orden es lo que reduce al máximo la contingencia, el no saber a qué atenerse. En la historia de los mortales, orden es lo que brinda seguridades y protege de la amenaza de muerte, pues todos los poderes, de un u otro modo, son frágiles. Pero una característica mundial actual, es que el escenario internacional no alcanzará perfiles claros y sólidos por una larga temporada la

¹ Capítulo de Methol Ferré en "Ética y capitalismo. Perspectiva latinoamericana", Cuadernos del INCAPE, Buenos Aires, 1992.

situación misma impide “globalizar” con certeza, rechaza apresuradas “sistematizaciones”. Estamos en un “interregno”, el primero mundial. La dirección clara que pareció imprimir en un primer momento el neoliberalismo”, se ha desdibujado en sus propias fuentes.

Sin embargo, hay vigencias compartidas, que dominan difusamente el horizonte: los derechos humanos, regímenes políticos democrático-liberales y economías de mercado con diversas formas y grados. Este triángulo, muy interconectado, es abierto, implica una amplia gama de variantes, y no dirime de suyo ni cuáles serán las potencias hegemónicas del próximo siglo, ni cuáles serán los fundamentos del “sentido” de la vida aceptados, ni cuáles las próximas ideologías en lucha, incluso participando de los tres presupuestos comunes antes mencionados.

Entonces, puede decirse que, dentro de un horizonte “genérico” común, todas las luchas específicas están por resolverse. Lo “genérico” es lo más abstracto, y solo vive en la realidad de lo específico e individual. Es en este orden existencial que vivimos un gran interrogante histórico.

Aquí adquiere significado la obra sintomática de Francis Fukuyama.

2. Luego del ateísmo mesiánico.

En cada giro histórico importante, aparecen obras que adquieren un valor representativo del nuevo clima y las nuevas antinomias. Tal el caso de “El fin de la Historia y el último hombre” (1992) de Fukuyama, donde se afirma el “envolvente genérico” y sus dificultades “específicas”.

A partir de Hegel (a través de Kojeve) Fukuyama formula el contenido esencial de la historia universal: “la lucha por el reconocimiento” (a la que subordina el dominio técnico-científico de la naturaleza, que pone los fundamentos de la productividad económica). Esa lucha por el reconocimiento viene a tener un alcance mucho más modesto que en Hegel, Marx y aún Kojeve, pues el fin de la historia universal sería el Estado de Derecho democrático liberal y de economía de mercado, tal como aparece en los centros metropolitanos capitalistas, ya en la introducción “post-histórica”. Así, el fin de la historia sería un Estado Constitucional, con gran desarrollo técnico científico, de predominio de clases medias, ya que tanto la igualdad total como el exceso de desigualdad sería recaer en el despotismo. Y Fukuyama pregunta, ¿es un fin satisfactorio? ¿Qué pasa actualmente con los hombres que viven ese fin de la historia? Y aquí viene su patética reflexión final sobre “el último hombre”, donde reaparece el espectro de Nietzsche y su “voluntad de poder”. Fukuyama piensa que las “sociedades opulentas” han desembocado en el “callejón sin salida” del “relativismo moderno”.

Hay una crisis filosófica de los fundamentos. Si no un “ateísmo libertino”, por lo menos un “agnosticismo hedonista” invade todo. En el momento que todos proclaman la “dignidad humana” esta queda vacía de fundamentos, y con eso se hiere mortalmente a los derechos humanos y a la democracia liberal y solo quedaría la competencia de los más fuertes. Así, el fin de la historia triunfalista de Fukuyama da sorpresivamente una vuelta campana y se revela fácticamente como contradictorio, autodestructivo. ¿Es entonces el fin? ¿El reconocimiento del hombre está más allá? ¿No necesitamos de un “otro viaje más nuevo y más distante”? ¿Desembocamos en el absurdo o en un resurgimiento religioso? ¿Acaso solo el hombre como imagen de Dios justifica a la vez la dignidad humana y la exigencia de la lucha por la justicia? Pero entonces el fin de la historia no sería un hipotético y mediocre Estado homogéneo

universal, sino la plenitud del Reino de Dios operante ya en el corazón de la historia. Como única posibilidad real del “reconocimiento del hombre por el hombre”. En última instancia, solo Dios es capaz de “reconocer” en su amor a cada uno y a todos los hombres hasta su última fibra.

Sorprendente “vuelta carnero” en la dirección de las preguntas. Y esto nos pone en las antípodas del “ateísmo mesiánico”, que fue la gran aventura de la “Revolución” del siglo XX, encarnada al máximo por el marxismo la victoria del capitalismo sobre el colectivismo burocrático ateo, nos pone frente a la mayor crisis de “fundamentos”, a un vacío de “sentido”. Finalmente, la crítica de Fukuyama a las actuales sociedades de opulencia, coincide con la crítica católica de un Del Noce, formulada a comienzos de los años 60 en “El Problema del Ateísmo”. Y aún podrían citarse otros.

El ateísmo del marxismo fue una oposición-sustitución del Cristianismo. Una inversión de la “Civitas Dei”, pretendiendo levantar la “Ciudad del Hombre” contra Dios. Fue el judeo-cristianismo el que construyó a la historia universal y su sentido. No hay historia sin fin de la historia. La “secularización” del cristianismo alcanza su culmen en el ateísmo mesiánico, constructivo y afirmador del sentido de la historia. Es una escatología del cielo en la tierra. Y esto ha sufrido el más terrible colapso. Media tradición intelectual de Occidente de los últimos dos siglos ha desembocado en nada.

¿Y entonces? ¿Muerta la utopía intrahistórica, solo quedan hedonismos absolutizados? ¿Regresamos en las sociedades opulentas al “ateísmo libertino”, la primera forma moderna de ateísmo? Era el ateísmo consumista², parasitario, de las aristocracias decadentes, que ahora la sociedad de consumo ha democratizado. Pero el ateísmo “libertino” no ofrece salida alguna a la sociedad, no es revolucionario ni constructivo, es “ahistórico”. ¿Puede haber la oferta de un ateísmo “constructivo”, aunque no sea mesiánico” (es decir escatológico, histórico) como el marxismo? Pienso que esa alternativa está en la difusión de ciertas formas de “budismo”. Pero esto nos llevaría lejos.

De hecho, la caída del ateísmo mesiánico parece agudizar el desamparo de las grandes masas populares oprimidas o marginalizadas. Las nuevas formas de ateísmo dan la espalda de los pobres. Y es aquí que una gigantesca tarea aguarda y exige a la Iglesia de Cristo. Lo enunciaba aquel judío converso, muerto en el campo de concentración, Paul Landsberg: “Hoy, frente al clamor por la vida, la Iglesia debe ser lo que siempre ha sido: la heredera de la herejía”.

Es lo que ha preparado el Vaticano II para la Ecúmene y Puebla en América Latina. La Iglesia va a salvar efectivamente, lo mejor de la Ilustración. La historia de la salvación, no es contradictoria sino que da sentido a la lucha por la emancipación en la historia³.

3. El Mercosur en América Latina.

La estructura mundial bipolar se ha derrumbado y nuestros países no están ya “encorsetados” por el maniqueísmo geopolítico de la guerra fría. Los tres poderes metropolitanos amenazados de recesión, vacilan ante los nuevos retos. Nos dejan nuevamente solos. Es nuestra oportunidad. Su rostro se llama Mercosur, el único punto de partida posible y concreto para la unidad, sino

² La publicación dice “comunista” pero está corregido de forma manuscrita por “consumista”.

³ La publicación dice “de la historia” pero está corregido de forma manuscrita por “en la historia”.

de América Latina, sí para América del Sur. En 1959 sosteníamos: “Un firme entendimiento argentino-brasileño es la única base real y positiva del desarrollo y unidad latinoamericana. Sin esto el resto de América Latina está condenado a una serie intermitente, anárquica, de revoluciones suicidas y claudicaciones”.

Así como no hay Europa sin alianza franco-germana, no hay América Latina sin la alianza argentino-brasilera. Lo demás es adjetivo. La zona que se extiende de Brasilia a Santiago de Chile, pasando por Belo Horizonte, Río, San Pablo, Porto Alegre, Asunción, Santa Cruz, Buenos Aires, Rosario, Córdoba, implica la mayor concentración del capital humano de América Latina. Es su ámbito más “moderno”, su zona óptima, con su corazón en la Cuenca del Plata. Solo esta vasta concentración y mercado nos permite el gran salto de la “tercera revolución industrial”.

Es aquí donde la dialéctica de la “frontera americana” y de la “frontera oceánica” que nos constituye puede ser más fecunda, hasta hoy hemos vivido la primacía de la frontera oceánica en desmedro de la americana. El Mercosur invierte este viejo “status quo”. Hagamos que hoy se potencien mutuamente para profundidad de la frontera americana.

Aquí está el campo, no de la utopía –mal remedio del reino de Dios- sino de la elaboración colectiva de un “ideal histórico concreto”, apoyado en nuestra realidad y sus virtualidades económicas y políticas, que implican la mayor “revolución cultural” de nuestra historia. En su umbral estamos. La Iglesia tiene una impostergable presencia activa y movilizadora, en función de su vocación, pues está en la matriz y horizonte de nuestros pueblos, en el despliegue americano de las potencias del Vaticano II, en la nueva lectura de los signos de los tiempos.